

**JUNICHIRO TANIYAKI**

**NAOMI**

Traducción del inglés de  
María Luisa Balseiro

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Voy a intentar referir los hechos de nuestra relación conyugal exactamente como sucedieron, con toda sinceridad y franqueza. Es probable que sea una relación sin precedentes. Mi narración me proporcionará un registro precioso de algo que no quiero llegar a olvidar. Al mismo tiempo, estoy seguro de que también mis lectores la encontrarán instructiva. A medida que el Japón se hace cada día más cosmopolita, los japoneses y los extranjeros se mezclan con entusiasmo; se introducen toda clase de doctrinas y filosofías nuevas, y lo mismo hombres que mujeres adoptan las últimas modas occidentales. Sin duda, siendo los tiempos como son, el tipo de relación marital que hemos tenido, hasta ahora nunca visto, empezará a aparecer por todas partes.

Retrospectivamente veo que fuimos una pareja extraña desde el primer momento. Hará unos siete años que conocí a la mujer que es ahora mi esposa; no recuerdo la fecha exacta. En aquella época era camarera en un sitio llamado Café Diamante, cerca de la Puerta Kaminari del templo de Kannon en Asakusa. Tenía sólo quince años, y cuando la

conocí acababa de ponerse a trabajar. Era una principiante: una aprendiz, una camarera en flor, por así decirlo, todavía no una empleada hecha y derecha.

Por qué yo, un hombre de veintiocho años, hubiera de fijarme en una chiquilla como ella, no lo entiendo; pero es muy posible que al principio me atrajera su nombre. Todo el mundo la llamaba «Nao-chan». Cuando se lo pregunté un día, me enteré de que su nombre real era *Naomi*, escrito con tres caracteres chinos. El nombre despertó mi curiosidad. Un nombre espléndido, pensé; escrito en letras latinas podría ser un nombre occidental. Empecé a prestar a Naomi una atención especial. Curiosamente, desde que supe que tenía un nombre tan sofisticado, tomó para mí un aspecto inteligente, occidental. Empecé a pensar que sería una vergüenza permitir que siguiera siendo camarera en un sitio así.

De hecho, Naomi se parecía a la actriz de cine Mary Pickford: realmente había algo de occidental en su aspecto. Esto no es ilusión mía; lo han dicho muchos otros, incluso ahora que es mi mujer. Tiene que ser verdad. Y no es sólo la cara: incluso su cuerpo tiene un aspecto netamente occidental cuando se desnuda. Esto no lo supe hasta después, claro. Por entonces sólo podía imaginarme la belleza de sus miembros por el estilo con que llevaba el kimono.

No puedo hablar con certeza sobre su mentalidad en el tiempo en que servía en el café; sólo un padre o una hermana puede comprender lo que siente una muchacha de quince o dieciséis años. Si hoy le preguntaran, la propia Naomi diría probablemente que se limitaba a atender a sus cosas sin pensar en nada. Para una persona de fuera, sin embargo, era una niña silenciosa y triste. Su rostro denotaba poca salud. Era pálido y apagado, como un grueso

crystal incoloro y transparente: puesto que acababa de empezar a trabajar, aún no se ponía el maquillaje blanco que usaban las otras camareras, ni había trabado conocimiento con los clientes ni con sus compañeras. Solía meterse en un rincón para hacer su tarea, callada y nerviosa. Quizá fuera también eso lo que le daba un aire de inteligencia.

Ahora debo explicar mi historia. En aquel entonces yo era ingeniero de cierta compañía eléctrica, con un sueldo mensual de ciento cincuenta yenes. Había nacido en Utsunomiya, en la prefectura de Tochigi. Cuando acabé la enseñanza secundaria vine a Tokio y aquí me matriculé en la escuela técnica superior de Kuramae. Me coloqué como ingeniero apenas saqué el diploma, y todos los días menos los domingos iba y venía de mi pensión de Shibaguchi a la oficina de Ōimachi.

Viviendo solo en una casa de huéspedes y ganando ciento cincuenta yenes al mes, llevaba una vida bastante desahogada. A pesar de ser el primogénito, no tenía la menor obligación de mandar dinero a mis padres ni a mis hermanos. Mi familia se dedicaba a la agricultura en gran escala; como mi padre había muerto, mi anciana madre y unos tíos de total confianza administraban todos mis asuntos. Yo era absolutamente libre. Pero eso no significa que llevara una vida disipada. Era un empleado ejemplar: serio, frugal, convencional hasta dejarlo de sobra, incoloro incluso, cada día desempeñaba mi trabajo sin la más mínima queja ni señal de descontento. En la oficina se decía que Kawai Jōji era «un caballero».

Por las tardes me entretenía yendo al cine o a dar una vuelta por el Ginza, o, muy de tarde en tarde, me permitía una excursión al Teatro Imperial; de ahí no pasaba. Claro está que, siendo joven y soltero, no tenía nada en contra

de la compañía femenina. En el fondo seguía siendo un patán; era poco hábil para el trato social y no tenía amistades del sexo opuesto, lo que sin duda hacía de mí «un caballero». Pero lo era sólo en apariencia. Cada mañana en el tranvía, y cada vez que caminaba por la ciudad, aprovechaba con disimulo cualquier ocasión para observar de cerca a las mujeres. De vez en cuando Naomi aparecía ante mi vista.

Pero yo no había dictaminado que Naomi fuera la mujer más hermosa del mundo. De hecho, había muchas más guapas que ella entre las jóvenes que me cruzaba en el tranvía, en los pasillos del Teatro Imperial y en el Ginza. Si el aspecto de Naomi iría a mejor, sólo el tiempo lo diría; entonces tenía tan sólo quince años, y yo contemplaba su futuro con expectación y zozobra a la vez. Mi plan original fue simplemente tomar a aquella niña bajo mi custodia y cuidar de ella. Por una parte me impulsaba la piedad. Por otra quería introducir algo de variedad en mi existencia diaria, monótona y aburrida. Estaba cansado de vivir durante años en una pensión; anhelaba un poco de color y calor en mi vida. Efectivamente, pensé: ¿por qué no hacerme una casa, aunque fuera pequeña? Decoraría las habitaciones, plantaría flores, colgaría una jaula de pájaros en la galería soleada y tomaría una criada para la cocina y la limpieza. Y si Naomi accedía a venir, ocuparía el sitio de la criada y del pájaro... Más o menos era eso lo que pensaba.

En tal caso, ¿por qué no buscar una esposa de familia respetable y fundar un hogar con todas las de la ley? La respuesta es que sencillamente me faltaba valor para casarme. Esto requiere una explicación detallada. Yo era una persona sensata, poco dada a actuar precipitadamente, mejor dicho, incapaz de hacer tal cosa; pero al mismo tiempo tenía

ideas bastante avanzadas acerca del matrimonio. La gente suele ponerse muy tiesa y ceremoniosa cuando alguien pronuncia la palabra «matrimonio». Primeramente tiene que haber un «mediador», que intente averiguar por procedimientos tortuosos lo que piensan los unos y los otros. A continuación se organiza un *miai*, un encuentro formal de las dos partes. Si no hay inconveniente por ninguna de ellas, se elige un intermediario oficial, se intercambian regalos de compromiso y se lleva el ajuar a la casa del novio. Vienen después el cortejo nupcial, el viaje de luna de miel y la visita ceremonial de la novia a sus padres: un conjunto de formalidades aburridísimo, que yo detestaba de principio a fin. Si yo me caso, pensaba, me gustaría hacerlo de una manera más sencilla y más libre.

De haber querido casarme por entonces, habría tenido todas las candidatas que quisiera. Es verdad que venía del campo, pero tenía una constitución fuerte, una conducta irreprochable y, si se me permite decirlo, un grado de apostura al menos mediano, además de la confianza de mi empresa. Cualquiera habría estado dispuesto a ayudarme. El problema era que yo no quería «ayuda». Aunque una mujer sea una gran belleza, no bastan uno o dos *miai* para que los contrayentes en potencia conozcan su mutuo temperamento y carácter. La idea de elegir a la compañera de mi vida sobre la base de una impresión momentánea —«Bueno, no me importaría vivir con ésta», o «Esta otra no está mal»— me parecía una idiotéz. Yo no podía hacer eso. La mejor solución sería llevarme a mi casa a una muchacha como Naomi y verla crecer pacientemente. Después, si me gustaba lo que veía, podría tomarla por esposa. No pretendía más; no me quitaba el sueño casarme con una chica rica ni extraordinariamente educada.

Además, hacerme amigo de una jovencita y observar su desarrollo día tras día mientras los dos llevábamos una vida despreocupada y dichosa en nuestra propia casa, eso me parecía que tenía que tener un encanto especial, muy distinto de lo que era fundar un hogar propiamente dicho. En pocas palabras, Naomi y yo jugaríamos a las casitas, como los niños. Sería una vida sencilla y relajada, no la existencia agotadora que va aparejada a «mantener un hogar». Era lo que yo quería. El «hogar», en el Japón moderno, exige que cada cómoda, cada brasero y cada almohadón esté donde tiene que estar; distinguir meticulosamente los cometidos del marido, de la mujer y de la criada; aguantar a vecinos y parientes descontentadizos. Nada de eso es agradable ni beneficioso para un joven empleado, porque requiere mucho dinero y hace complicado y rígido lo que debería ser sencillo. Desde ese punto de vista, pues, mi plan me parecía bastante inspirado.

Le hablé de ello a Naomi por primera vez cuando hacía un par de meses que la conocía. En ese tiempo había ido al Café Diamante siempre que tenía un rato libre, y había buscado todas las ocasiones posibles de hablar con ella. A Naomi le gustaba el cine, y los días de fiesta me acompañaba a una sala de proyección del parque. Luego nos sentábamos a tomar algo, comida occidental o un cuenco de fideos. Incluso en aquellas salidas, apenas pronunciaba una palabra; solía tener una expresión tan hosca que yo no sabía si estaba contenta o se aburría. Pero nunca decía que no cuando la invitaba. «Muy bien, sí», respondía dócilmente, y me seguía a donde fuera.

Yo no sabía por qué clase de persona me tenía ni por qué se venía conmigo, pero suponía que era todavía una niña que miraba a los hombres con desconfianza, y que sus

sentimientos eran simples e inocentes. Mi tesis era que venía conmigo porque yo la llevaba a los espectáculos que le gustaban y la invitaba a cenar. Por mi parte, hacía de niño, de tío amable y bondadoso; jamás me comporté de otra manera, ni esperé de ella nada más que aquel tipo de relación. Cuando ahora los recuerdo, aquellos días fugaces de ensueño me parecen como un cuento, y no puedo evitar la añoranza de poder volver a ser la pareja sin malicia que en otro tiempo fuimos.

—¿Ves bien, Naomi?

Cuando no había asientos libres, nos quedábamos de pie al fondo de la sala.

—No veo nada —respondía, poniéndose de puntillas para atisbar entre las cabezas de los de delante.

—Así no verás. Súbete a esta barandilla y agárrate a mi hombro.

Yo la alzaba en volandas y la sentaba en una barandilla alta, y ella, con las piernas colgando y una mano apoyada en mi hombro, miraba la película tan contenta. Si yo le preguntaba: «¿Lo estás pasando bien?», ella sólo decía: «Sí». Nunca palmoteaba ni daba botes de alegría, pero yo me daba cuenta de lo mucho que le gustaban las películas por la cara que ponía mirando en silencio, con sus inteligentes ojos muy abiertos, como los de un perro atento a un sonido lejano.

—¿Tienes hambre, Naomi?

A veces decía: «No, no quiero nada». Pero más a menudo, cuando tenía apetito, decía: «Sí», sin la menor reserva. Después, cuando yo le preguntaba, me decía si quería comer comida occidental o fideos.